

ser mas dóciles instrumentos de los que cerca de la Reina madre ejercían una influencia decisiva.

Interin los moderados conspiraban, démonos cuenta de lo que hacían las Cortés.

Decretaron una quinta de 50,000 hombres en reemplazo de 80,000 que se licenciaban; dióse al gobierno amplia autorización para contratar operaciones de crédito dentro y fuera de España; votóse la ley de organizacion del antiguo reino de Navarra, arreglando la parte administrativa, judicial y rentística, asimilándola en todo lo posible á la que regia en las demás provincias de España. Dióse nueva fuerza á las disposiciones de la ley relativa á la supresion de mayorazgos; votóse la derogacion de las leyes de culto y clero promulgadas por las disueltas Cortés de 1840, quedando, por consiguiente, definitivamente abolido el diezmo y declarados nuevamente bienes nacionales los del clero secular que le habían sido devueltos por aquellas Cortés. Por último, y sin hacer mérito de otras leyes secundarias, se discutieron y votaron los presupuestos del año económico, con mas cuidado y detencion que en años posteriores habia solido verificarse.

Dos incidentes de carácter diplomático llenaron el tiempo trascurrido desde la explosion moral á que dieron lugar el manifiesto y contra-manifiesto con ocasion de la tutela hasta el lamentable día que condujo á la conspiracion de octubre.

Motivó el primero de dichos incidentes la inesperada ocupacion por los franceses del territorio de Quinto en los Alduides, invasion á la que dieron lugar las pretensiones de los vascos de la nacion vecina á pastos en territorio español; asunto en el que no llevaba la razon el gobierno francés, de cuyas resultas vióse al fin obligado á reconocer que el mejor derecho estaba de parte de España, siguiéndose un arreglo amistoso y un nuevo deslinde y rectificacion de fronteras.

Otra dificultad surgió tambien con aquel mismo gobierno; el que, á título de mas fuerte, y cediendo á la prevencion con que miraba al de España desde que esta se hallaba regida por los progresistas, mostró, si no claramente, por medio de muy transparentes insinuaciones, que lastimaron el patriotismo español, misteriosos designios sobre las islas Baleares; sospecha que, poniendo en alarma á nuestro gobierno, lo impulsó á exigir del de Francia la evacuacion de la localidad llamada *Plato del Rey*, en la isla de Menorca, en la que se habia permitido á los franceses establecer un hospital para que hiciesen en él escala los enfermos que de la Argelia pasaban á Francia. De mala gana se prestó esta á la evacuacion de dicho punto; pero el gobierno del Regente se mostró firme y obtuvo la remocion del hospital.

El segundo de los dos incidentes indicados fué mas ruidoso, porque sirvió de pretexto á la oposicion moderada para acusar al gobierno de estar vendido á los ingleses. Poseía España y todavia conserva en la costa occidental de Africa las islas de Fernando Póo y Annobon, posesiones que de nada nos servian desde que dejamos de ser potencia marítima de primer orden, como todavia lo fuimos en el siglo último, ni tampoco como territorio colonizable hacia falta á la nacion, que posee, sin poblarlo ni explotarlo, el inmenso y rico archipiélago filipino; pero convenia á Inglaterra, empeñada en la represion de la trata de negros, establecer en aquellas islas las estaciones marítimas que mantenía en las costas africanas para la vigilancia y represion del comercio de esclavos. Habia en su consecuencia el gabinete inglés propuesto al de España comprarle las referidas islas, por las que se manifestó dispuesto á pagar la suma de seis millones de reales, propuesta que habia sido admitida por el gabinete Perez de Castro.

Aunque la responsabilidad del acto de cesion debiese pesar sobre un gobierno al que los progresistas habian combatido como adversarios, y los moderados defendido como su aliado, la prensa de este color se desencadenó contra la Regencia, inventó idilios de encomio sobre la fertilidad de la isla y su importancia mercantil, acusando á Espartero poco menos que de traicion si la enajenacion se llevaba á cabo. El proyecto de ley habia sido sometido al Senado; y receloso el gobierno ante la cruzada levantada contra él, retiró la ley, haciendo desaparecer con ella todo pretexto á la cruda guerra que se le hacia.

CAPÍTULO III

La conspiracion

Fuerzas y probabilidades con que contaban los conjurados.—Movimiento de O'Donnell en Pamplona.—Alzamiento de Borsó en Aragon.—Idem de las provincias de Alava y Vizcaya.—Idem de Madrid.—La catástrofe.—Inmolacion de Diego Leon y de Montes de Oca.—Modificación de los fueros del país vascongado.

La campaña periodística que lidió la oposicion moderada con motivo del asunto de las islas africanas, unida al estado de pugna en que se hallaban en las Cortés los progresistas que sostenían al gabinete Gonzalez, y los que lo combatían, contribuyeron no poco á crear una atmósfera que facilitó los trabajos de los que habian aceptado la bandera de guerra enarbolada por los revindicadores de la tutela de la Reina madre.

Bastantes faltas habian cometido los vencedores de setiembre, harto divididos ya entre sí, demasiado notoria era la debilidad del gobierno, en el que tenían delegada su representacion, para que los moderados hubiesen comprendido que lo mas hábil que podían hacer era dejar que sus adversarios se gastasen como á maravilla lo estaban haciendo. Pero enreidos los moderados por el número y calidad de los que seguían su bandera y no contentos con estar sacando partido del descrédito en que á pasos de gigante iba caminando el partido al que se proponían derribar, no supieron esperar y precipitaron un rompimiento que habrían ganado mucho en aplazar. Varias y poderosas causas anticiparon la explosion. Sabían los moderados que podían contar con la aristocracia del ejército, toda vez que los generales y jefes de mas prestigio simpatizaban con la Gobernadora. Los lisonjeados la intimidad que reinaba entre aquella princesa, la corte de Roma y los ministros de Luis Felipe.

Tenían en Paris un escogido estado mayor de consejeros que empujaban á la accion inmediata, y en partidos que se hallan en semejantes circunstancias los mas escuchados lo son los mas audaces, los mas exagerados, los que aprovechándose de la oportunidad se habian congratado en el ánimo de la Reina y conseguido abminorar la influencia de los que daban importancia á que los conservadores se apoyasen en elementos de popularidad.

Queda hecho anteriormente mérito de que el pronunciamiento de setiembre, en el mero hecho de la exageracion radical que lo caracterizó, habia disminuido en gran manera la autoridad é influjo de que gozaba en el partido la fraccion mas liberal, compuesta de los hombres que desechando las meticulosidades del Estatuto Real habian alzado en el interés de los principios conservadores, una robusta enseña de libertad, fraccion de la que era órgano *El Correo Nacional* y que tanta influencia habia ejercido sobre el partido, pero que vió disminuida cuando las exageraciones progresistas produjeron su natural reaccion en favor de los autoritarios. Agréguese á esto que de Paris venían los recursos pecuniarios y todo ello explica que la direccion recayese en manos de los palaciegos, en vez de haber estado en la de hombres políticos de altura y de resolucion.

Componían la parte militar del elemento conspirador las mas brillantes figuras del ejército. El contarse con los generales Diego Leon, O'Donnell, Norzagaray, Azpiroz, Concha, Narvaez, Pavía, Borsó di Carminat, Piquero y los brigadieres Quiroga y Frias, Pezuela y otros jefes queridos del soldado, hacia que no se dudase de que las tropas seguirían en cuanto aquellos se les presentasen y las arengasen. O'Donnell y Diego Leon ejercían mancomunadamente la jefatura en todo lo relativo á la milicia. La direccion civil la tenían Isturiz, Montes de Oca y el mismo Leon, á los que servían de auxiliares activos Egaña, Donoso, los hermanos Carraseo y varios vascongados notables, que fundaban grandes esperanzas de mover el país al calor de la bandera del restablecimiento de los fueros en toda su integridad.

Narvaez contaba con influjo y amigos en Andalucía y en la Mancha, y como el partido abundaba en adherentes de arraigo en casi todas las provincias, no faltaban en ellas ramificaciones que prometían cooperar al alzamiento.

La presencia en Madrid de Diego Leon y la seguridad que sus amigos tenían de que la guardia real lo seguiría, habria bastado para haber asegurado el éxito del golpe en la capital del reino. Era, sin embargo, una contingencia muy expuesta al derramamiento de sangre, á no ser posible obrar por sorpresa, lo que era muy difícil, no contando sino con una parte de los cuerpos de la guarnicion. Varios de los coroneles con mando, cuya oficialidad simpatizaba con los conspiradores, se habian negado á entrar en el plan, y Espartero, puesto al frente de las tropas que le eran fieles, y animando y estimulando á los batallones de nacionales, podía hacer muy dudoso el éxito, en cuyo caso parecia que lo mas acertado fuese haber renunciado á trabar el combate en las calles de Madrid. La guardia real de caballería é infantería reunida á los dos regimientos de esta última arma que habia en Zaragoza y á cuya cabeza debia ponerse Borsó, las tropas situadas en Alava al mando de Piquero, las que ofrecía La Rocha en Bilbao, las con que contaba O'Donnell en Navarra y Orive en Valladolid, podían, siendo reconcentradas, formar un cuerpo de ejército, si no muy numeroso, escogido y mandado por los generales que mas se habian distinguido.

Una fuerza de semejanje importancia en el estado en que la nacion se hallaba y cuando los que querían levantarse contra el gobierno contaban con simpatías y auxiliares en casi todas las provincias, hubiese dado á los enemigos de la Regencia grandes probabilidades á la vez que de éxito en campo raso, de haber producido un movimiento en la opinion, capaz de dar por resultado un triunfo tan completo y mas sólido que lo habia sido el obtenido un año antes por los progresistas. Pero el principal empeño de los conjurados era el de apoderarse de la persona de la Reina para reunir á la proclamacion del derecho la posesion del símbolo que lo legitimaba; consideracion que decidió á los directores del movimiento á dar el golpe de mano de Madrid.

En breve demostraremos cuán grandes eran las dificultades que habia que superar para poder contar con probabilidades de éxito.

A mediados de setiembre hallábanse en su puesto los diferentes actores destinados á entrar en escena. O'Donnell, de regreso de Paris, donde habia ido á recibir las últimas instrucciones, se dirigió á Pamplona, para donde obtuvo su cuartel. En Bilbao los fueristas mandaban en la opinion y contaban además con la guarnicion de la plaza y principalmente con el coronel don Ramon de La Rocha que mandaba el regimiento de Borbon.

En Vitoria hallábase al frente del intentado alzamiento el general Piquero, comandante general de la provincia y que al mismo tiempo era inspector y por consiguiente jefe de la milicia nacional. En Castilla el regimiento Reina gobernadora, con su coronel Orive, se hallaba dispuesto á pronunciarse.

El general Narvaez, provisto de fondos, se habia trasladado á Gibraltar, fundadamente esperanzado en mover las provincias de Andalucía, en cuanto recibiera noticia de haberse dado algun golpe de importancia en la capital ó en las provincias Vascongadas.

Solo faltaba ya que los que se hallaban al frente de los diferentes focos de insurreccion preparados de antemano, se pusiesen de acuerdo respecto al momento de romper.

Trabajaba el general O'Donnell la guarnicion de Pamplona, con parte de la cual creía contar, esperando que el resto de ella lo secundase, cuando en la noche del 27 de setiembre varios oficiales adictos á Espartero, sabedores de los trabajos de O'Donnell, los denunciaron al coronel de Gerona y á los progresistas de influjo de la ciudad, los que de comun acuerdo decidieron que saliese en posta para Madrid el diputado Sargasti á informar al gobierno del peligro que se corria y arrancarle la prision ó al menos el destierro de O'Donnell, medida que se resistía á tomar por sí don Felipe Rivero, virey de Navarra, jefe que á la vez ordenancista y prudente, no queria ni faltar abiertamente al gobierno, ni hacerse instrumento de lo que juzgó eran temores exagerados de los progresistas.

En la mañana de aquel mismo día habia salido O'Donnell de Pamplona con objeto de conducir su familia á Villalta, á fin de quedar desembarazado para ejecutar la empresa á cuyo fren-

te iba á ponerse. A las ocho de la noche regresaba el general á la plaza vestido de paisano, pero con la faja distintiva de su graduacion, y derechamente se encaminó á la ciudadela con cuyo gobernador estaba de inteligencia, y siendo allí informado de la alarma estallada durante el día y de que el jefe político don Fernando Madoz instaba al general Rivero para que adoptase medidas represivas, encaminóse el general á la ciudad y visitó los cuarteles; pero aunque habló á la tropa, solo consiguió ser seguido por escasa parte de ella, con la que se restituyó á la ciudadela acompañado por don Nazario Carriquiri, el pariente de este Ribet y por algunos otros partidarios de la causa cuya bandera iba á levantar.

Mucho habian contado los últimos con que al grito del restablecimiento de los fueros en toda su integridad el paisanaje navarro secundaria el movimiento, pero don Carlos desde Bourges y Cabrera desde Hyeres, donde residía, habian expedido circulares á sus partidarios en las provincias del Norte exhortándolos á que no tomasen parte en el levantamiento, diciéndoles que los liberales querían servirse de la lealtad navarra para beneficio de la causa de la usurpacion, á la que debían permanecer los carlistas ajenos, y libres de todo contacto con los mortales enemigos de Dios y de la patria.

Encerrado en la ciudadela con escasa guarnicion, y no viéndose secundado por el paisanaje, no podia O'Donnell apoderarse de la ciudad, ni tampoco el general Rivero se sentía con fuerza para hostilizar la fortaleza, por lo que hubo de limitarse á construir barricadas en los puntos convenientes para oponerse á la salida de la guarnicion.

Interin tales hechos tenían lugar en la capital de Navarra, el general Borsó di Carminat se dirigía de Madrid á Zaragoza para ponerse al frente de los batallones de la guardia real. Encontró á su oficialidad dispuesta á seguirlo, pero no quiso arriesgar pronunciarse en Zaragoza, cuya milicia se hallaba muy decidida por el Regente, no siendo extraño que le impulsase la bravura de un pueblo que sorprendido años antes por Cabañero, arrojó de sus muros á los que en el silencio de la noche y por sorpresa se habian hecho dueños de la ciudad. Evacuó por consiguiente Borsó á Zaragoza, y dirigiase á pasar el Ebro, con ánimo de reforzar á O'Donnell, bien ajeno sin duda de lo efímero que iba á ser el golpe de audacia del que se prestaba á ser instrumento.

El día 4 secundaba el general Piquero en Vitoria el grito dado por O'Donnell en Pamplona. Instalóse en la capital de Alava una junta suprema de gobierno, presidida por don Manuel Montes de Oca, llegado de Madrid revestido de poderes del directorio moderado del que él mismo formaba parte, y encargado de organizar el alzamiento de las provincias Vascongadas al mismo tiempo que de disponer lo necesario para recibir en ellas á doña María Cristina.

El ayuntamiento y autoridades de Vitoria menos entusiasmadas por la causa que alzaba bandera, no secundaron con la celeridad y energía que lo exigía el éxito de la campaña, el ardor de Montes de Oca. Encontróse este sin armas y sin dinero, cuando de haber tenido disponibles y á la mano uno y otro elemento, hubiera podido alistar numerosos voluntarios.

Para mayor contrariedad de la situacion á que se vió reducido Montes de Oca, el vigilante y atrevido don Martin Zurbano, muy conocedor del país, habia tomado posicion en la Puebla de Arganzon con las fuerzas que pudo reunir, activamente ayudado por el brigadier Aleson, jefe que habiendo sido muy adicto de Narvaez, desplegaba ahora ardiente celo en servicio del Regente. El temor que inspiró Zurbano, hizo incurrir á la junta insurreccional de Vitoria en el vituperable proceder de poner á precio la cabeza del célebre partidario, precedente que autorizó á este á doblar la prima que ofreció por la de Montes de Oca, destinado á caer en manos de sus enemigos por el aliciente de la inmoral recompensa. Vanamente intentaron Piquero y la junta mover á los tercios alaveses á ponerse sobre las armas. Las noticias del mal éxito de la insurreccion en otros puntos, infundió la desconfianza, la indiferencia y el temor. Muy luego conoció el esforzado y leal Montes de Oca lo crítico de la situacion en que se encontraba, y antes que sonara la hora de la catástrofe, escribía á O'Donnell lo siguiente: «Quince días mortales me han tenido Vds. abandonado de

todo punto, sin un fusil, ni un real. Ni una comunicacion he podido conseguir á pesar de mis esfuerzos. Si hubiera tenido armas y sobre todo dinero, á esta hora contaria la causa de la Reina un ejército de 20,000 hombres, que habrian hecho inaccesibles estas provincias á todos sus enemigos. Sin embargo, aun no flaquea mi constancia ni la de nuestros amigos, aun podremos sostener la lucha. Si se nos facilitan armas y dinero con largueza, pelearémos en estas montañas contra los amigos desleales hasta vencer ó morir. Y si logramos prolongar la lucha, nuestro triunfo es seguro. Con recursos, se armaria á todo el país, habria buenos confidentes y diez mil medios de seducccion. Con recursos, en fin, se allanarán todas las dificultades y vendrán á nuestras manos todos los elementos indispensables para la guerra; mas si se pierde esta coyuntura, la causa de la Reina se hundió para siempre. Dígame V. francamente qué clase de auxilios podremos aguardar del exterior y el estado de nuestras relaciones diplomáticas.»

El día 4 se supieron en Bilbao los sucesos de Pamplona y Vitoria, y congregados en el Arenal los partidarios de doña María Cristina, el coronel La Rocha al frente de sus soldados depuso al comandante general Santa Cruz y al jefe político don Pedro Gomez de la Serna, á quienes hizo salir para Orduña. Seguidamente reunidos los diputados generales con asistencia del anciano brigadier Mazarredo y de los señores Arana, Alcalá Galiano, Valero y Arteta, y capitaneados por el diputado general don Domingo Eugenio de la Torre, proclamaron desde el balcon de las casas capitulares á doña María Cristina de Borbon por Gobernadora del reino durante la menor edad de su hija, y en los pocos dias que duró el pasajero gobierno insurreccional, decretóse un alistamiento general, obrando en la persuasion de que la insurreccion, cuyos dias estaban contados, lograria larga y próspera existencia.

En Guipúzcoa el general Urbiztondo, procedente del convenio de Vergara, arrastró algunas tropas, haciendo de Vergara el punto céntrico del movimiento. Con no menos ardor que se habia hecho en Bilbao proclamóse en aquel punto la Regencia de doña María Cristina y decretóse el alistamiento de todos los hombres válidos de 18 á 40 años. El conde de Monterron, distinguida persona entre los fueristas, reasumió el mando superior en calidad de diputado general, y el viejo general Jáuregui, por otro nombre el *Pastor*, de patriótica memoria en la guerra de la Independencia y en la última civil, llevado del generoso sentimiento de su amor á la dinastía que lo habia traído del destierro á que lo llevó en 1823 su ortodoxia liberal, se adhirió tambien al movimiento.

Hemos presentado rápida, pero exactamente, el despliegue ó sea el planteamiento de la insurreccion de octubre, cuya suerte y futuro desarrollo debia depender tanto del éxito como del menoscabo que tuviese el movimiento de Madrid, el cual por otra parte, se resintió de lo prematura y débil que fué la intentona de sublevacion en Pamplona, cuya noticia llegada á la capital en la tarde del 4, influyó gravemente en la confusion é incoherencia con que obraron los conspiradores. Antes de que se supiese lo ocurrido en Pamplona, los generales que en Madrid debian operar celebraron una junta en la que se puso en deliberacion si el movimiento habria de romper en las provincias del Norte, ó si por el contrario Madrid debia dar la señal. La mayoría fué de opinion de que tomase la iniciativa O'Donnell, y que al calor de la impresion que no podria menos de producir la nueva, se pusiese por obra el plan, concebido para el movimiento de la capital.

Queda anteriormente dicho lo falsa que era la situacion que los generales se proponian afrontar, dirigiéndose á los cuarteles para sublevar la tropa sin estar seguros de la completa adhesion de esta ni tener en cuenta que varios de los coroneles eran contrarios al movimiento, al paso que el Regente tenia á su devocion batallones de los que podia instantáneamente disponer con sobrado tiempo para llegar y prender y aun fusilar á los que apenas lo habrian tenido para catequizar á la tropa. Fiaban mucho aquellos bizarros generales en el prestigio de su nombre, en el recuerdo de sus hechos de armas y en el ascendiente de que en el ejército gozaban. Pero á este propósito no será inoportuno hacer mérito de lo que á aquellos confiados generales observaba en los dias

que precedieron al 7 de octubre, un hombre civil muy amigo de todos ellos, y adversario tambien de la situacion, el que habiendo encontrado á tres de dichos generales y de los de mayor nota, que salian de una reunion en la que habian madurado el plan de dar principio al movimiento presentándose sin fuerza en los cuarteles para mover la tropa, les dijo: «Yo comprendo muy bien que una vez puestos ustedes en contacto con los soldados que tan frecuentemente han conducido á la victoria, despues de hablarles y exhortarles á que les presten su apoyo en favor de la causa de la Reina y de la libertad, hallen ustedes eco en sus antiguos subordinados y puedan conducirlos confiadamente al encuentro del que fué y sigue siendo su general en jefe; pero no comprendo que en la misma localidad y á centenares de varas tan solo de distancia, traben ustedes una lucha en la que necesitan para comenzarla ir á los cuarteles á tratar de levantar tropa que no les pertenece todavía, ínterin el adversario que se proponen combatir, puede echar instantáneamente mano de cuerpos mandados por jefes y oficiales de cuya adhesion está seguro. Si siquiera los cuarteles que se proponen ustedes visitar para sacar la tropa de ellos estuviesen situados en Carabanchel, comprendo que con un cuarto de hora que tuviesen ustedes para disponer y moralizar aquellos soldados los condujesen á la pelea; pero en Madrid y contando el Regente con fuerzas que ustedes todavía tienen solo en perspectiva, lo que se proponen me parece imposible á fuerza de ser difícil.»

En la primera semana del mes de octubre y antes que se supiese en Madrid el semi-fracaso de los trabajos de O'Donnell en las provincias del Norte, tuvieron otra junta los generales para tratar de nuevo acerca de si la iniciativa del movimiento se tomaria definitivamente en aquellas provincias ó en Madrid. Contra el parecer del general Leon, la mayoría opinó por que O'Donnell diese la señal, en la persuasion de que la noticia de su alzamiento, secundado por la cooperacion de los batallones de la guardia que en Zaragoza debia mover Borsó, desconcertaria al gobierno y favoreceria el éxito del pronunciamiento. Mas al tomar este acuerdo, y en la prevision de que no ignorando aquel que la conspiracion habia adquirido gran vuelo, se apoderase de las personas de los generales ahogando el movimiento antes de que estallase, resolvieron estos evitar la contingencia ocultándose hasta el momento de obrar.

Dirigióse Leon en busca de albergue á casa del amigo comun de los generales autores del movimiento, pidiendo una hospitalidad que no podia serle negada, pero que de concederla, arrastraba la contingencia de que por ser casa muy concurrida y su dueño notado como desafecto á la situacion, se corriese el riesgo de un fácil descubrimiento.

Pero acudiendo á la urgencia del momento, el sujeto aludido condujo al general al piso segundo de una casa de la plaza de Santa Ana, en cuyos inquilinos tenia bastante confianza para exigirles que en el acto desalojasen su vivienda como lo efectuaron, é instaló en ella al huésped, dejando para que lo atendiese á un criado que no lo conocia é ignoraba hasta su nombre, con lo que, y enviándole la comida y visitándolo con frecuencia él solo, debia creer quedaba el secreto perfectamente guardado.

Pero á las cuarenta y ocho horas de haber decidido su ocultacion los jefes del movimiento, recibióse la noticia del pronunciamiento de O'Donnell aunque todavía sin pormenores acerca de su dudoso éxito. Tratóse entonces de no retardar el movimiento de la capital, y para la mas completa inteligencia de los hechos que subsiguieron importa mucho saber lo que habia ocurrido durante los tres dias en que los generales permanecieron ocultos. Conferenciando don Diego Leon, en la casa que le servia de asilo con el hombre civil que habia dirigido á los generales los consejos que ya conocen nuestros lectores sobre lo aventurado é incierto de llevar á cabo en Madrid la sublevacion en la forma que tenian acordada, y mostrándosele Leon convencido de la naturaleza de los obstáculos que su ejecucion arrostraba, manifestóse resuelto á variar de plan, á no operar en Madrid, de donde se proponia sacar los regimientos de caballería é infantería de

la guardia de que podia disponer para formar el proyectado cuerpo de ejército de que antes se ha hablado.

A efecto de adoptar las disposiciones consiguientes á este cambio de plan, llamó Leon al brigadier Pezuela designado para jefe de E. M., y despues de haber ambos conferenciado y recibido el último sus instrucciones, dejósele latitud para que entre los dos sistemas, á saber, los de operar dentro ó fuera de Madrid, acordase con los demás jefes lo que creyera mas acertado y conveniente.

Por la tarde del siguiente dia la dueña de la casa donde habia dos dias paraba Leon, recibió el inesperado é imaginario aviso de que estaba descubierto el asilo y que iba el general á ser preso. La noticia era tanto mas incomprensible cuanto que la dueña ignoraba que tenia en ella semejante huésped, circunstancia que no debiendo hacer dudar de que el aviso tuviese fundamento, ni por consiguiente que dejase de existir el peligro, al anochecer salia Leon envuelto en su capa, en compañía del amigo que siempre habia opinado ser absurdo llevar á efecto el movimiento en Madrid en la forma primitivamente convenida.

Sin saber dónde irian é ínterin el acompañante del general encontraba casa á propósito donde hospedarlo, el último embozado en su abrigo se colocó sobre el pedestal de la estatua de Cervantes en la plaza de las Cortes, sufriendo la lluvia que caia abundante en aquella oscurísima noche. Corrió presuroso el azorado amigo, primero á casa del señor Valdilviso, ministro plenipotenciario de Méjico, y seguidamente á la del baron dal Borgo di Primo, encargado de negocios de Dinamarca, sujetos que habitaban el primero en la Carrera de San Jerónimo y el segundo en la calle del Barquillo, siendo por consiguiente breve el tiempo que trascurrió para que el encargado de buscar el apetecido asilo, volviese en busca del general.

Ninguno de los diplomáticos se halló en su casa, é inquieto de la situacion en que quedaba su amigo, fué en su busca y lo condujo á la embajada de Francia. Dejólo en ella en compañía del ministro residente M. Pajot, y corrió á dar término á la mision de encontrar casa menos comprometida donde Leon pudiese pasar la noche. Al cabo de incesantes diligencias logró hallar un domicilio que creyó seguro, pero que la fatalidad debia cambiar en peligroso pocas horas despues. Volvió presuroso á la embajada para reunirse al general, al que halló conferenciando con el brigadier Pezuela y con don Francisco Javier Isturiz, por dictámen de los cuales quedó abandonado el plan de operar fuera de Madrid, y autorizado el brigadier Pezuela á adoptar las disposiciones convenientes para que se verificase el alzamiento en la noche del siguiente dia 7 de octubre.

Salvo algunas alteraciones que se diese á la distribucion de la fuerza y á la designacion de los puntos donde los generales debian operar, el sistema debia ser el mismo; el de presentarse aquellos en los cuarteles para arrastrar á la tropa, preliminar que solo podia dejar de ser empleado respecto á la caballería de la guardia, dispuesta toda ella, jefes, oficiales y soldados, á ejecutar sin vacilar las órdenes que recibieran de Leon. La hora convenida para que los generales se presentasen en los cuarteles, era la de la una de la noche. Pero ínterin Leon en la noche del dia 6 dormia tranquilo en la hospitalaria casa que acababa de recibirlo, apeábase á la puerta, en la madrugada del 7, el marido de la que habia dado albergue al general. Llegaba en posta de Pamplona el recién venido, inesperado incidente que no pudo menos de alarmar á la vez que sorprender al general, siendo de presumir que á la mañana siguiente la policía se ocupase de la persona de un viajero llegado en posta de la plaza en la que acababa de estallar una insurreccion militar, y enviase en su busca agentes que sin buscarlo hubiesen descubierto el escondite del general.

Vistióse este en su consecuencia con premura y al rayar el dia, disimulando su figura con el embozo, se trasladó á casa de su sobrino don Rafael, por el que fué nuevamente puesto en comunicacion con el brigadier Pezuela, quedando de resultados todo convenido entre ambos para dar principio á la operacion aquella misma noche y á la hora de antemano fijada. En virtud de esta final resolucion fueron conducidos durante el dia á la casa, calle de Fuencarral, habitada por tres inquilinos

de la familia Pezuela y que lo eran el brigadier y su señora madre, el marqués de Viluma y en el piso bajo D. N. Tejada, cuñado de ambos, el caballo, las armas y uniforme del general don Diego Leon. Al anochecer esperaban en ella este y Pezuela la hora en que debian moverse, cuando oyóse tocar generala y cruzar ordenanzas en direccion del cuartel situado frente al hospicio. La causa de la novedad no era otra que la de haber el general Concha puéstose en movimiento á las siete de aquella tarde dirigiéndose al cuartel de guardias de Corps donde se alojaba el regimiento de la Princesa y el de húsares. Secundado por el teniente coronel Nouvilas y el oficial de la Princesa Boira, Concha, antiguo coronel del cuerpo, logró mover al regimiento de la Princesa y conducirlo á palacio, cuya guardia se hallaba confiada al comandante Marchesi, afiliado en el movimiento.

Antes de dirigirse á palacio con la fuerza pronunciada dejó Concha efectuado el desarme de los húsares, dando orden al reten que permaneció en el cuartel de dar muerte á los caballos, si los húsares, que mandaba un jefe muy adicto á Espartero, intentaban salir á la calle. Pero momentos despues llegaba el coronel que tenia el mando efectivo de la Princesa. El brigadier Ena, ayudante que habia sido del Regente, habíase visto momentáneamente arrestado, mas habiendo logrado romper su clausura, habló con fuego á sus soldados, y recuperando su libertad salvó los caballos, devolvió sus armas á los húsares y puso aquella fuerza disponible á favor del gobierno. Aunque sabedor este de la existencia de una conspiracion, ignoraba que debiese de estallar tan pronto y no se hallaba prevenido para la urgencia del momento, mas sirvióle de aviso lo ocurrido en el cuartel de guardias de Corps y la marcha á palacio de Concha, y tanto la autoridad militar como el jefe político Escalante se pusieron en defensa, poderosamente ayudados por la actividad é inteligencia de don Manuel Cortina, comandante de un batallon de la milicia nacional y jefe de dia que acertaba á serlo de la plaza; resultando de todo ello que ínterin el gobierno se hallaba en posesion de todos sus medios de accion, los conspiradores habian malogrado los suyos. Ninguno de los generales, excepto Concha, se habia todavía movido, ni era posible que lo hicieran con fruto, toda vez que los jefes de la guarnicion se hallaban apercebidos y en movimiento.

Para colmo de contrariedad de los generales cristinos, el gobierno en la mañana de aquel dia habia adoptado la radical y revolucionaria medida de separar ochenta y tantos oficiales de los batallones de la guardia alojados en el cuartel del Soldado, reemplazándolos con los sargentos del cuerpo que fueron ascendidos á oficiales. Despechados los exonerados y lisonjeándose de que arrastrarian á sus antiguos subordinados, presentáronse en el cuartel, pero fueron recibidos á tiros por los que ocupaban los puestos de que acababan de ser separados.

Esto coincidía con la marcha de Concha á palacio, donde llegado que fué con el regimiento de la Princesa, y siendo su principal objeto el de apoderarse de las personas reales, no se cuidó de la guardia exterior con cuyo jefe contaba y se dirigió á la escalera principal en cuyo primer tramo se encontró con inesperada resistencia. El coronel don Domingo Dulce, que mandaba los alabarderos, inflamó el ardor de estos, haciéndoles entender que se trataba de poner á prueba la tradicional lealtad del acreditado cuerpo, y los dispuso tan completamente á obedecer sus enérgicas disposiciones, que no solo recibieron á tiros al teniente Boira que por orden del general Concha trató de forzar la subida al piso principal, sino que hostilizó á los agresores rompiendo sobre ellos el fuego desde los balcones que dan á la plaza de la Armeria.

A menos de aventurar un sangriento asalto de las habitaciones régias, no podia Concha llevar mas allá el designio de hacerse dueño de la real persona y la de la infanta, y nada le restaba ya que hacer sino esperar el auxilio que pudieran traerle los generales sus compañeros de conspiracion, ni tampoco tenia ya objeto el propósito de apoderarse del jefe titular del Estado, una vez que no triunfando el movimiento en Madrid, ni habiéndose logrado tener un cuerpo de tropas suficientemente fuerte para haber efectuado los generales su